

EL GUARDIÁN DE LOS SUEÑOS

EMILIO ARJONA CRESPO

Desde que puedo recordar aquel animal había vivido en casa. Lo podía encontrar en cualquier lugar, desde el patio trasero en el cual acostumbraba a dormir la siesta, hasta debajo de mi cama bajo la que yo podía oír su respiración fuerte y acompasada cada noche.

Era una inquilino singular, no sólo porque era inusual que habitase en una casa, sino que por más que lo ignorase él me seguía allá donde fuese, y no crean que se asustaba con facilidad, qué va, incluso en alguna ocasión, cuando achicaba mi espacio vital más de lo recomendable, llegué a tirarle algún zapato o un libro, pero él, arrogante y bien seguro se plantaba entonces ante mí, e irguiéndose sobre sus patas traseras me ensañaba una barriga inmensa y peluda, como queriendo mostrarme su grandeza, para luego, una vez pasado todo volver a caer sobre sus cuatro patas. Entonces me miraba, más fijamente que de costumbre, y se volvía a echar de nuevo a los pies de mi cama, ocupando con su cuerpo mi minúsculo cuartito.

Cuando comíamos solía sentarse tras de mí, y constantemente me empujaba con su enorme hocico en la espalda para que al menor descuido de mis padres le echase alguna vianda con la que alimentar su gigantesco cuerpo. Luego, una vez acabada la comida, le gustaba echar la siesta, siempre lo hacía bajo la escalera del último patio, y roncaba y roncaba, y yo, que dormía junto a aquel patio, no oía otra cosa que aquellos acompasados y monótonos ronquidos que acababan por hundirme en el más profundo de los sueños. Cuando despertaba, él ya estaba asomado a la ventana que comunicaba aquel patio y mi habitación, y al ver que me movía y abría los ojos, se agitaba nervioso, y se acercaba hasta mi cama, como queriendo darme las buenas tardes. Yo le respondía acariciando su cabeza, cuajada de un áspero pelo que frotaba con fuerza contra mi mano. Algunas veces se quedaba así largo rato, y en sus ojos grandes y marrones, podía ver si estaba atento hasta más allá de todo lo conocido, más allá de mis sueños. Otras veces prefería marcharse nada más acabar las caricias y husmear bajo la cama, o rozarse contra la pared largo rato, pero el final de aquella vespertina visita siempre era el mismo. Se sentaba sobre las nalgas, y esperaba que yo jugase con él abriendo y cerrando los ojos, como haciéndome el dormido, y él

una y otra vez ladeaba la cabeza y extendía las patas delanteras en el aire, como si de un ritual se tratase, hasta que me sentaba en la cama y le abrazaba. Sólo entonces se marchaba de nuevo a cualquier lugar de la casa para en cualquier momento aparecer de nuevo y acompañarme allá donde fuese.

Los días de lluvia, cuando era obligado el enclaustramiento en casa, me dedicaba a jugar a esconder con él. Siempre me daba ventaja, me dejaba ir, y cuando yo gritaba, —¡ya!, él comenzaba a dar vueltas corriendo por la casa, y cuando pasaba junto a mi escondite parecía como si hubiese pasado un tren.

Algunas veces al no encontrarme se enfadaba, yo conocía muy bien cuando eso ocurría porque entonces arañaba las paredes haciendo un ruido tremendo, y en alguna ocasión cuando yo le hacía enfadar más de la cuenta porque no quería revelar mi secreto lugar, rugía y hasta las lámparas tintineaban y los cristales de las ventanas comenzaban a temblar. Entonces cuando creía que mi broma había surtido el efecto deseado en él salía y lo asustaba, y me perseguía hasta el patio del final de la casa, dónde me dejaba alcanzar, y nos tirábamos al suelo, y riendo yo y gruñendo él nos quedábamos largo rato oyendo la lluvia caer sobre el tejado de tejas que tapaba aquel santuario.

El momento preferido por él era sin duda cuando iba a dormir, por la noche, entonces se quedaba junto a mí, y como si de un centinela se tratara se sentaba junto a mi cama y se quedaba allí, inmóvil como una estatua, como una aparición cuyo cometido fuese espantar a los malos espíritus. Se notaba que aquel momento le gustaba sobre todos los demás, porque me miraba fijamente, con una dulzura impropia de un animal como él, y parecía que incluso sonreía en algunos momentos en los que yo desvelado por algún mal sueño despertaba y le acariciaba levemente, y no sé porqué su olor, un olor que aún hoy me hace volver la cabeza en contadísimos momentos, me impregnaba y daba seguridad, y me hacía caer en otro sueño, más placentero y reparador que el anterior.

Mi padres, según parece lo ignoraban,—aunque mi padre me dijo en una ocasión algo que evidenciaba que él también lo había visto alguna vez—, no daban importancia al hecho de que tamaño animal viviese allí. Supongo que como yo, siempre los vieron rondar por los pasillos y patios, y claro, llegaron a considerarlo parte de la casa y de la familia.

Un día sin más no estuvo tras de mí al comer. Lo busqué y lo hallé husmeando en la basura, me miró con una expresión que no sabría definir, pero que estaba repleta de lejanía y lástima. Después huyó hasta algún recóndito lugar de la casa que tan sólo él debía conocer y nunca más volvía a verle. Anduve

buscando su rastro por los patios, bajo mi cama, pregunté a mis padres, incluso tiré zapatos a lo que pareció ser su sombra, pero nada, no hubo manera de dar con él.

Durante muchas noches dormí inquieto, me costó conciliar el sueño, es como si me faltara algo, como si hubiesen extirpado algún órgano de mi cuerpo o de mi alma.

Con el tiempo llegué a olvidarlo, a considerarlo producto de mi imaginación, y fui convenciéndome de que aquellos ronquidos, aquel erizado y puntiagudo vello, y sobre todo aquellos profundos ojos, tan sólo habían sido un sueño.

No había vuelto a recordarlo hasta ayer, cuando mi hijo pequeño me vino a decir que había un oso suelto por la casa, y que como en mi niñez, le acosaba y hacía reír día tras día, noche tras noche. Entonces le miré, y guiñándole un ojo le dije.— ya lo sé cariño, quiérole todo lo que puedas, pues él es el guardián de tus sueños, y el día que dejes de verlo, habrá llegado el fin de tu niñez.